

Cifras y letras en las estrellas

Me llamo Julien. Julien Hugo Sylvestre Horiot, pero me llaman Julien. Tengo cuatro años. Soy muy bueno. Demasiado bueno. Cuando algo no me gusta, monto en cólera. Demasiado en cólera. Grito. Grito, aunque sin palabras.

No hablo.

Hago, a menudo, gestos repetitivos. Las ruedas me gustan especialmente. Sin duda porque la Tierra gira sobre sí misma, porque la Luna gira alrededor de la Tierra, que gira alrededor del Sol. Eso me lo dijo mi padre. ¿Pero alrededor de qué gira el Sol? Eso no me lo dijo. ¿Porque no se lo he preguntado, tal vez? De todos modos, nunca pregunto nada a nadie. Conozco el orden de las letras. Sé incluso cómo se fabrican palabras con ellas, me lo ha enseñado mi madre. Juntos, dibujamos el alfabeto y las cifras en la pared de mi habitación. También sé contar. Hasta muy lejos y muy deprisa. Puedo estar contando en mi cabeza todo el día si quiero. Sin detenerme. Pero no hablo, ni siquiera a mi madre. El único con quien me tomo el trabajo de hablar es mi peor enemigo: Julien. Únicamente cara a cara y cuando estoy solo con él. Le odio. Voy a matarle.

Sé muy bien que voy a morir.
Todo eso continuará sin mí.
Y no renaceré.
Así no.

En resumen, tengo cuatro años y así estoy.

Las ruedas y yo

Giran las ruedas de los cochecitos. Gira la rueda del arado del tractor. Giran los tiovivos. Giran la Tierra, el Sol y los astros.

Yo hago girar ruedas. En cuanto puedo, todo el día. El mundo gira, de modo que giro. Marco el pulso del tiempo que pasa. Sé muy bien que si girara más deprisa, el tiempo no se aceleraría. De modo que mantengo una velocidad constante. Velocidad de crucero. La que mejor se adecua a mi brazo, a mi cuerpo. Sin duda, la misma velocidad de mi pulso. Así, mi corazón late al ritmo de la Tierra que gira. El resto del universo gira igualmente, formando así el infinito que sin duda es cosa de círculos y esferas que giran los unos en los otros, creando así el movimiento de la vida hecho de nacimientos, de muertes y de renacimientos.

Sé muy bien que voy a morir.

Todo eso continuará sin mí.

Y no renaceré.

Hoy, salimos. Mi madre me ha puesto la camisa blanca satinada y el pantalón de pana azul. Me siento bien. En la plaza del pueblo hay un tiovivo... que gira. Nunca he visto una rueda tan grande.